EL ECO DE CARTAGENA

AÑO LXIV — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 12.886

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 24 DE OCTUBRE DE 1904

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

RECONOCIMIENTO DE CARNES

En Carabanchel ha sido descubierta por la policía una fabrica clandestina de embutidos, en la que, aprovechando el misterio con que se realizaban las operaciones, se usaban como materia prima cuanto venía á la mano; hasta recortaduras de piel.

Alejados de toda vigilancia; eludidos los reconocimientos, proscripto el microscopio, ¡qué de asquerosidades y atentados contra la salud pública se habrán cometido á la sombra de esa fabricación actilegal!

El caso no constituye una rareza; se repite desgraciadamente y si no se descubren más mataderos clandestinos es por falta de vigilancia ó por estar en cierto modo autorizados.

Raro es el año que no se descubre en Madrid un taller de embutidos, en cuya confección entra toda clase de carnes, sin excluir la de los congéneres de aquel que llevó á lomos por las extensas planicies de la Mancha á la flor y nata de los escuderos. No hace mucho tiempo, menos aún de un año, un acreditado periódico barcelonés se ocupaba de mataderos clandestinos en la capital del principado, y manifestaba su sospecha de que dos vagones de caballos sobrantes de una corrida de toros verificada en población vecina, se hubiesen consumido en dichos mataderos, repartiendo la carne en las carnicerías y adquiriéndola en éstas el público, bien ageno de que se cometía con él un atentado.

Tan grave como es ese delito y hay gentes que lo afrontan. La codicia lleva al hombre á dar gato por liebre sorteando el código penal; mas si por cualquier causa no tiene que preocuparse de éste, entonces lo da con doble gusto, sin hartarse y sin que le remuerda la conciencia.

En Cartagena no puede ocurrir eso. El matadero y el inspector de carnes son garantía sobrada de que eso es imposible; pero en los barrios extramuros de la población ¿podrá asegurarse lo mismo?

Ojeando el Boletín de Sanidad, en la parte correspondiente á servicios del Matadero, vemos que se desechan mensualmente unos cuantos centenares de cabezas de ganado lanar, por enflaquecimiento, y algunas unidades por enfermedad. ¿Dónde van á parar esas ovejas ó carneros flacos? ¿Se los lleva su dueño ó se sacrifican en el matadero particular que tiene cada carnicero de los barrios extramuros en su casa?

Nada afirmamos ni nada negamos; pero si habiendo un reglamento para el matadero son presentadas en él ovejas y carneros que el inspector de carnes rechaza por enfermas o flacas, es lógico creer que pasen allí, donde no hay inspección, ni reglamento, ni otra cosa que el deseo de vender mucho y vender bien.

Ambas cosas las logran los tablajeros de los barrios extramuros. El precio no difiere del de Cartagena. La clase... la que quieren: oveja, carnero, cordero, cabra. Eso sí; el derecho de matadero se abona, por que en este asunto el ayuntamiento pone á salvo sus intereses abandonando los del consumidor.

Y esto no es justo, porque ya que aquel paga la carne cara, y con ella el impuesto de matadero, justo es que se le dé la garantía de que la carne que consume es buena.

JUEGOS FLORALES

Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Zaragoza.

EGLOGA

LEMA: SOLEDAD SONORA.
San Juan de la Cruz.

Bajo el muro un arroyuelo;
y á su mismo borde asida,
una parra retorcida
sonríe entre tierra y cielo.
Diríais que toca el suelo
como un ave sin hincar;
diríais que va á escapar
cuando agita su ramaje
y que suelta en su follaje
las alas con que volar.
Mas no huye; á lo mejor,
parece que escucha atenta
lo que le canta ó le cuenta
el arroyo bullidor;
y es de fijo encantador
lo que escucha ó lo que siente,
pues ondula de repente
y echa más el cuerpo afuera,
cual si amorosa quisiera
darle un beso á la corriente.
Al verla él así, tan bella,
muy en alto, á lo ideal,
ya sólo tiene cristal
para reflejarla á ella.
No goza palpable huella
del amor que le cautiva,
mas lo siente en su onda viva
cierto y real de tal modo,
que antes dudara de todo
que de su encanto de arriba.
Y ella y él, cuando ya ondea
de la noche el primer velo,
que ensombrece el arroyuelo
y entre la parra azulea,
vibran sútil melopea
en que flotan, armoniosas,
esas voces misteriosas
que seducen nuestro oído,
cuando vierten el sentido
del lenguaje de las cosas.

—

«Si esto es soñar, no lo sé»,
canta el arroyo, «mi acierto
á juzgar si estoy despierto
cuando te canta mi fé.
»¡Qué importa! Mi amor te vé
flotando arriba, nimbada
de esplendores, y asomada
sobre este pobre arroyuelo,
que bebe la luz del cielo
á través de la enramada.
»Cuando á besarme se inclina
la opulencia de tus ramas,
circulan vivientes llamas
por mi linfa cristalina.
»Pero mi suerte es mezquina,
yo te sueño y tú... confiesa
que tu encanto es verte presa
del sol... Y el eterno amante
gime con tono insinuante
porque ese sí que te besa.

—

»¿Qué es besar? ¡Me tiene entera!»
canta la parra sintiendo
que un hervor le va subiendo
hasta su copa hechicera.
Yo he de ser lo que el sol quiera:
sin su luz leña aterida
y á su fulgor urna henchida
de una savia generosa
por cuyas ondas rebosa
la plenitud de la vida.
Si al mirarte te recreo
tu frescura; si percibo
hasta el soplo fugitivo
que en mis ramas juguetea,
si hallo en cuanto me rodea
nueva ocasión de sentir,
si no me rindo al sufrir
y llamo suerte á mi suerte
es que mi sol me hizo fuerte
dándome afán de vivir.
«Sólo siente... ¡Quién dijera
que tales cosas soñara!»
y al decirlo pone cara
de soñar una quimera.
Sacudió su cabellera
de follaje, y prosiguió:
«¿Cuántas veces me asaltó,
como envidia, un loco anhelo
de ser tú!» Y el arroyuelo
murmuró asombrado «¿Yo?
—«¿No lo entiendes? Yo tampoco.
Soy dichosa, y ya lo ves;
te he envidiado. Mira si es
mi anhelo un anhelo loco.
Me atosigaba tan poco
cuando á verte me incliné,
pues si ruin te juzgué,
preso abajo, tus reflejos
aun brillaban á lo lejos...
¡allá... muy lejos, no sé!
¿Qué hay allí? ¿qué vida nueva
por esa anchura se esconde?
¡Quién fuera contigo á donde
tu clara corriente lleva!
«Cada vez que en mí resuena
este anhelar tu murmullo,
por vencerle, hasta el orgullo
de mi fuerza pongo á empeño;
pero, aun vencido, el ensueño
me embriaga con su atractivo.
—«¿Y eso, dijo él, te cautiva
con atracción de misterio?
¿No ves que es un cautiverio
mi condición fugitiva?
Allá, no; yo sueño arriba,
sobre el cielo ó bajo el cielo,
algo que colme mi anhelo,
que me suba ó cuaje en mí
y acabe el tormento así
de arrastrarme por el suelo!»

—

Y aún prosiguió la corriente
su canturia sugestiva
viendo tras la parra, arriba,
un cielo azul, sonriente.
Dobló la parra indolente
con languideces de palma
su ramaje, y en la calma
del dulce recogimiento,
aún flotaban en el viento
las inquietudes de un alma.

Magín MORERA.

MATONISMO IMPERANTE

¿Está la honrosa y honrada toga en decadencia?

No es extemporánea la pregunta. Entu diemos lo que de algún tiempo al presente ocurre en nuestros palacios de justicia, y reconoceremos que no está fuera de lugar. Es oportuna y pertinente al caso.

No transcurre día sin sangre, vertida por inconcebibles impulsos de injustificadas violencias, por capricho, por sport.

Un chulo mata á una mujer honrada que se niega á ceder á vergonzosas pretensiones.

En la vista del juicio el defensor pide un veredicto de inculpabilidad fundándose en que el procesado es un «loco moral».

Una persona decente muere asesinada por discutir con un pillo, con quien tuvo la desgracia de tropezar en la calle. El matador obró en defensa propia; se alega la fuerza «irresistible», y en paz.

Se sienta en el banquillo un miserable que violó á una niña.

Es un «imbécil».

Un matón de oficio degüella á un infeliz padre de familia. Es un «degenerado»—dice el defensor—y, por consiguiente, irresponsable.

Vienen después las pruebas periciales: los doctores denuncian vicios ocultos del acusado; ahondan en su árbol genealógico,

—No; dijo, Vd. tiene lo menos sesenta años... ¡No, no es él!

—¡El! respondió el platero: ¿De quién quiere usted hablar?

Mas Mr. de Valbonne sintió erizársele el pelo y balbuceó:

—¡Oh! ¡me parece que oigo la voz de mi padre!

El platero le vió entonces oscilar como un árbol desarraigado oscila sobre las raices que han perdido su punto de apoyo, y sin piedad de aquel espanto exclamó:

—¡Ah! me conoces... ¡ladron de herencias! ¡sí, yo soy! ¡yo tu hermano! ¡yo José Loriot!

A estas palabras Mr. de Valbonne esperimentó una terrible conmoción; el presente desapareció para él, é hizo lugar al pasado.

Se volvió á ver veinte años antes, en el cuarto en que su padre acababa de morir.

Volvíase á ver frente por frente con un joven pálido y endeble que le decía, con el rostro inundado de lágrimas:

—«¡Soy tu hermano!»

Y volvió á ver aun á aquel joven mismo á quien habia rechazado, abofeteándole con aquel rollo de billetes que habia ofrecido y diciéndole:

Y su voz estaba cuajada de cólera, así como sus ojos llenos de lágrimas.

El platero fijó sobre él aquella mirada atónita y sin calor, que le envejecia aun más que sus cabellos blancos.

—No se, dijo.

—Lo necesito.

Y la voz de M. de Valbonne era tan amenazadora, que el platero tuvo miedo y se armó de un útil puntiagudo que habia en el taller.

—¡Lo necesito muerto ó vivo! repitió el banquero.

A estas palabras el platero retrocedió.

—¡Ah! dijo, busca Vd. á mi hijo y no á mí.

Su voz fué más llena y sonora que de costumbre al pronunciar estas palabras.

¡Cosa estraña! esta voz resonó en el pecho y el oido de Mr. Valbonne como un eco lejano del pasado.

¡E hizo un paso atras!

—¿Quién es Vd? esclamó, ¿quién es usted pues?

Sus ojos se fijaron con espantosa fijeza sobre este hombre que parecia un viejo.

—¡Ah! ¡ah! dijo Loriot con sarcasmo, me conoce Vd. acaso?

Mr. de Valbonne retrocedió aun mas.

—¿Desde cuándo? desde anoche, balbuceó el pobre joven; ¿no me llamaba Vd. Gaston?

—¡Ayer noche!

Estas palabras las pronunció Melania con acento de locura.

—Ayer noche en mi casa, añadió Gaston.

Este fué el último golpe.

—¡Ah! esclamó Melania; ¡este hombre ha perdido el juicio!

Y loca ella misma, desesperada, furiosa, rechazó á Gastón anonadado y se lanzó hacia el despacho de su padre donde la hemos visto entrar retorciéndose las manos y gritando:

—¡Padre, padre! ¡me parece que voy á volverme loca!

Y en efecto lo estaba. M. de Valbonne, al ver á su hija en tal estado, se enderezó, olvidando el terrible golpe que acababa de herirle!

El banquero se habia desplomado; solo quedaba el padre, que veia á su hija delirante, y la tomó en sus brazos, esclamando á su vez:

—Yo tambien estoy loco; ¡loco, porque te veo llorar!

Melania derramaba, en efecto, un torrente de lágrimas.